## III

# Toda la verdad, dígala quien la diga, es del Espíritu Santo.

# (Tomás de Aquino)

A finales de junio, los profesores de mi centro (y de otros muchos) se reúnen en una festiva cena para celebrar el final del curso y despedir a los que se jubilan. En junio de 2014 se celebraba mi despedida y la de otras tres almas benditas más. Es costumbre que los homenajeados queden exentos de pagar la minuta, lo que queda un poco ridículo, pues son los compañeros quienes afrontan el pago con una pequeña aportación extra. Además del menú se compra un pequeño regalo para los que se marchan, algo de poco valor como un libro, una figurita o algo así. Dentro de la Enseñanza Pública existe (afortunadamente) esa sana austeridad que Angela Merkel aprobaría y además, se paga a escote; no hay fondos de empresa ni cajas B ni relojes de oro regalados con inscripción ni trampas con o sin cartón. Eso pertenece al mundo de la (gran) empresa y de algunos políticos, tan aficionados ellos a la marrullería, la adulación, la pompa y el boato. Nosotros, en cambio, venimos de un bendito mundo en que los blocks de notas se elaboran con restos de fotocopias malogradas y las fiestas se las paga cada cual. Que siga así. Pues bien: tras la cena, a la entrega del regalo, cada uno de los agasajados hace un pequeño discurso de despedida. Os podéis imaginar el contenido de las intervenciones: todo muy convencional y edulcorado, con la inconfesable pretensión de conmover amablemente a un público entregado de antemano. Mayormente se trata de elogiar el sacrificio, la nobleza de lo público, el goce que ha supuesto durante tantos años el trato con los queridos alumnos y los no menos queridos compañeros al tiempo que se anuncia el inmenso vacío que se espera, la insufrible nostalgia que sobrevendrá al dejar todo aquello; lo que nos hace pensar a ti lector y a mí, en primer lugar, por qué se jubila el sujeto si todo es tan estupendo y nadie le fuerza a salir. Pero, ¡en fin!; ya sabemos que una cosa es predicar y otra dar trigo y las cenas de despedida son lo que son.

Mi intervención, por el contrario fue muy diferente: les hablé de mis dudas, les hablé de la invocación del Espíritu en forma de ayuda y les hablé del test al que yo mismo me había sometido. Me obligué —o eso les conté y ellos creyeron (ya os hablé de la entrega del generoso público) — a responder a las siguientes preguntas:

##### 1.- Es domingo por la tarde. Estás tranquilamente en el sofá de tu casa viendo esa película que se te pasó en el estreno y que siempre has querido ver. Ante la cercanía del lunes, ¿qué sientes?

a) Me gustaría que mañana fuera sábado de nuevo

b) Indiferente. Por una parte tengo ganas de que llegue el lunes por la mañana y por otra parte no.

c) Estoy impaciente porque sea lunes de nuevo. Todos los días deberían ser lunes.

##### 2.- Es 31 de junio y no tienes cargo directivo ni curso de reciclaje ni actividad académica en perspectiva para los dos próximos meses. ¿Cuál es tu sentimiento?

a) Siento una agradable sensación de euforia ante la enorme cantidad de tiempo libre por delante.

b) Por una parte me apetece descansar, pero no sé si podré soportar el hecho de no ver a mis queridos alumnos y gozar de las entretenidas reuniones con mis compañeros durante dos meses.

c) Siento vértigo al dolce far niente. Me gustaría que fuera septiembre de nuevo.

##### 3.- Suena el timbre que me convoca a la tercera clase de la mañana. Ante la perspectiva de darla y saber que aún me queda una guardia, otra clase más y una hora de atención de padres, siento que…

a) La vida es bella

b) la vida podría ser mejor

c) Se me ocurren muchas maneras de mejorar el día.

Queridos compañeros, les dije, podéis imaginar que nada más acabar el test mi decisión (sea con o sin la intervención del ente con superpoderes) había sido tomada. Al día siguiente fui a pedir los papeles de la jubilación.

No recuerdo si incluí en mi intervención algún otro ítem del supuesto test pero de haberlo hecho estaría en la misma línea, refiriéndome al sentimiento del comienzo de cada trimestre, cuando se interrumpen las benditas vacaciones y se vislumbran largos meses de dura rutina.

Como era de esperar, el alegato produjo gran regocijo e hilaridad. Mis colegas —muchos de ellos en el segundo tramo de la cincuentena, lo que implica cercanía— apreciaron el sentido del humor, como apreciaron el hecho de escuchar a alguien que evitara el socorrido tema de amor vocacional y entrega a la profesión, al servicio público y otras cantinelas, que si bien es verdad que son asuntos importantes, no es menos cierto que por lo manidos y obvios se convierten en lugares comunes y quizás en asintonía con el hecho de invocarlos al tiempo que se solicita la jubilación anticipada voluntariamente.

La reflexión, en forma del relato de un ¿imaginario? test les había resultado divertida y por esa razón la habían celebrado con risas, pero, sobre todo, aunque alguno quizás no fue consciente de ello, les había resultado sincera. ¿Por qué nadie se refería al alivio que sentía al comienzo de las vacaciones y el pesimismo y resignación con que se enfrentaba al lunes por la mañana en los discursos formales? ¿No era algo comúnmente aceptado y comentado por todos en las conversaciones —como llamamos nosotros— de pasillo? ¿Es que el hecho de apostar por la libertad —la libertad de horarios, la libertad de acción, la libertad de inventarse la propia vida sin obligaciones impuestas— no es lo suficientemente noble para que se le considere decente?

Por si quedaba alguna duda de mis intenciones respecto al tema les hice también la siguiente consideración:

Llevo en el teaching business —manera como, irónicamente, me refería a mi profesión de profesor de inglés— 39 años y nueve meses. A una media de 4 clases diarias durante 150 días lectivos al año, tirando por lo bajo (aquí he descontado generosamente días de huelga de alumnos, nevadas a la orilla del Mediterráneo y otros imponderables) me sale la friolera de 23.400 horas de clase. 23.400 toques de timbre a los que de manera obediente he cogido mis libros, ordenador… y me he metido en un aula, continué con el razonamiento: Creo que ya ha sido suficiente. Tengo la sensación de que ya he dicho todo lo que tenía que decir. Que 34.400 ocasiones son muchas ocasiones para comunicar sin repetir y, sobre todo, quiero explorar si hay vida detrás del timbre.